

INTRODUCCIÓN

Con esta edición electrónica de *Los exploradores del infinito* (1906) se publica por primera vez en español una obra de Yambo, pseudónimo del escritor Enrico de' Conti Novelli de Bertinoro (Pisa, 1876 – Florencia, 1943). Sorprende el desconocimiento que se tiene de este autor fuera de Italia y el olvido en el que ha caído en su país después de haber sido uno de los novelistas más populares de las primeras décadas del siglo XX. Incluso se le ha considerado como el Julio Verne italiano, aunque esta comparación sea injusta para ambos escritores debido a sus notables diferencias en el tono –más humorístico y ligero en Yambo– y en las pretensiones de exactitud científica –más desarrollado en Verne–. Es cierto que Yambo es un pionero de la ciencia-ficción italiana, tanto en la literatura como en el cine –su película *Un matrimonio interplanetario* (1910) es considerada la primera del género en Italia–, pero su polifacética obra abarca muchos otros campos de la literatura popular: libros de aventuras, novelas históricas, teatro, cómics, muchos de ellos ilustrados con sus propios dibujos. Es precisamente como ilustrador en el ámbito periodístico donde inició su carrera y por lo que se le recuerda más hoy en día gracias a diversas exposiciones realizadas en su honor. Sin embargo, en una época donde la ciencia-ficción literaria ha adquirido una respetabilidad cultural que estaba muy lejos de tener cuando Yambo realizaba su obra, parece necesario recuperar a uno de sus principales precursores. *Los exploradores del infinito* está considerada como una de sus mejores obras por su hábil combinación de entretenimiento y didactismo científico. Ahora solo falta que lo juzguen ustedes mismos.

PRÓLOGO

A todos aquellos que alguna vez levantan la nariz hacia el cielo
estrellado.

Este libro no es un libro. Es una broma, una extravagancia, un pasatiempo, un sueño ilustrado en colores. Es una cosa indefinible y absurda, que asombrará a la gente; es, en definitiva, un desafío al espacio, al tiempo y... al sentido común. Pero el lector agudo querrá ver algo a través del sutil velo, tejido de indiferencia y de alegría, que forma la trama de mi relato: y apuesto a que, a fuerza de agudizar los ojos, acabará por vislumbrar algún significado. Tanto mejor. Ya que un significado —en esta serie de extravagancias— hay. Solo que, para encontrar esa verdad... hace falta tiempo: más tiempo que el que han necesitado mis héroes para atravesar el infinito, desde las regiones resplandecientes del sol a los confines tenebrosos del universo.

¿Vale la pena perder el tiempo en tal búsqueda? ¡Quizás! Probad, corteses amigos de Italia: pero si después de terribles esfuerzos intelectuales... no conseguís nada, no mandéis al diablo a vuestro YAMBO.

LIBRO PRIMERO

Un nuevo satélite de la Tierra

I.

La «*Of the Good Young Gazette*» – Las ideas filantrópicas de sir Harry Stharr –
Un trabajo gigantesco – «*All right!*»

El periódico más aburrido de Nueva York era, sin duda, el *Of the Good Young Gazette*, del cual yo formaba parte inmerecidamente como redactor jefe y escritor de crónicas inútiles.

La *Of the Good Young Gazette* se publicaba, ay de mí, cada noche, en dieciséis páginas de grandísimo formato –1,05 x 0,87 metros– con muchas ilustraciones y alguna poesía moral de su célebre director, Harry Stharr, un infeliz afligido por la desdicha de sus miles de millones y por la melancolía de querer mejorar la suerte de la sociedad humana. Cada periódico, al salir a la luz, tiene casi siempre un objetivo prefijado y un programa a desarrollar. Pues bien, creo sinceramente que el único objetivo del *Of the Good Young Gazette* era adormecer a la gente.

Harry Stharr era un filántropo. Según él, el mundo iba por mal camino y, para intentar reconducirlo, había fundado su periódico, del cual no se vendían afortunadamente más de diez o doce ejemplares. Contenía cada día largos, espesos, espantosos artículos sobre las ventajas de llevar zapatos con tacón bajo y punta larga, sobre la conveniencia de la fraternidad universal, sobre los derechos del hombre comparados con los deberes de las mujeres... que llevaban el busto demasiado ajustado; se empeñaba a fondo en demostrar a los bebedores y los glotones que el agua es mejor que el vino y que los brócolis son preferibles a los bistecs. Noticias o crónicas, pocas o puntuales: infrecuentes telegramas de acontecimientos científicos, y muchas de relleno que yo recortaba hábilmente de otros periódicos...

La filantropía de Harry Stharr, por otro lado, no se detenía en tediosos artículos. Había fundado con sus propios medios una cuarentena de hospicios, de asilos, de sanatorios, era presidente de al menos doce sociedades de temperancia, generalísimo del Ejército de la Salud, miembro de todos los comités filantrópicos de América, iniciador del movimiento revolucionario contra los comedores de salchichas, y otras cosas que no recuerdo. Él habría querido, en fin, con sus hospicios, con sus comités y con su periódico reformar el mundo, purificarlo, edificar un nuevo estado compuesto solamente de personas sanas y felices. Y se enfadaba tremendamente cuando no lo conseguía. A menudo me acongojaba con sus prédicas, pero yo me guardaba bien de contradecirlo. Habría sido inútil, y tal vez dañino... para mis intereses. A fin de cuentas, las ideas, los sentimientos de aquel hombre eran estimables. Era el más grande filántropo moderno, como yo era el más grande infeliz del nuevo continente. En cuanto a esto, no cabía duda. En cualquier época del año, en cualquier día de la semana, a cualquier hora del día, si me hubieran dado la vuelta como a un bolso no habría caído de mis bolsillos ni un dólar. De lo demás estaba igualmente contento. Por la mañana iba a la oficina del periódico, escribía cien renglones, esforzándome en ser lo más desagradable posible, después bajaba al restaurante de enfrente, desayunaba –a crédito– bebiendo media docena de vasos de cerveza fuerte, en homenaje a las ideas de mi director, subía a la redacción, hinchado como un odre, escribía de mala gana otro centenar de renglones, más aburridos que los de la mañana, recortaba los periódicos, bostezando; y por último me tumbaba sobre el sofá y echaba un sueñecito. En conjunto, no era una vida muy fatigosa, y de mi colaboración en el *Of the Good Young Gazette* se habría podido prescindir.

Sin embargo, Harry Stharr continuaba distribuyendo los quinientos dólares de mi inmerecida nómina mensual entre la multitud de mis voraces acreedores. Además me dispensaba algunas calderillas para limosnas. Yo, en cambio, compraba cigarros, y me los fumaba a escondidas en mi buhardilla en Rowing Street 478325 planta 27 (*lift*). Harry Stharr me anticipaba también el

dinero para el alquiler, amenazándome cada mes con reducirme el salario, pero nunca cumplía la terrible amenaza.

¿Pero en qué podía serle yo útil? ¿Por qué me mantenía en su periódico? Quizás, tal vez, por filantropía. ¡*All right*, entonces! ¡Viva la filantropía universal!

II.

El telegrama inesperado – El astro misterioso – ¡Un nuevo satélite de la Tierra! – El berrinche de Gordon Bennett

Estaba durmiendo sobre mi acostumbrado diván, soñando con anegarme en un océano de *champagne* en honor a la temperancia, cuando sentí que me despertaban bruscamente. Era un botones que me traía un telegrama para el periódico. Un telegrama... En el *Of the Good Young Gazette* no se daba nunca demasiada importancia a los telegramas porque Harry Stharr decía que eran «pequeños ensayos literarios escritos sin reflexionar, por tanto, nocivos para la juventud». Por eso lo abrí con mucha flema después de haber empleado una buena media hora en restregarme los ojos y bostezar. Pero, al leer el telegrama, un vivo estupor debió pintarse en mi rostro, porque el cronista del periódico, que escribía en una esquina de la oficina, después de observarme atentamente me preguntó:

-¿Qué sucede, Giorgio? ¿Ha estallado la guerra entre América y Europa?

-Algo mejor, querido Walter –respondí, y leí en voz alta este maravilloso telegrama que entrego a la historia con ánimo fuerte y sereno.

ANDROS: 10-11-1908

“Ayer noche, a las 00:17, el célebre astrónomo inglés Thom Patters, que está desde hace algunos días en la isla de Inagua, en el archipiélago de las Bahamas, para observar el ocultamiento de Júpiter detrás de la Luna e intentar resolver el muy controvertido problema de la atmósfera lunar, ha presenciado un descubrimiento científico importantísimo y extraño. Un meteorito enorme ha atravesado nuestra atmósfera. Si hubiese caído sobre la tierra, ¡quién sabe qué inmensa catástrofe hubiera causado! Por suerte, el astro venía a gran velocidad, alrededor de 50.000 metros por segundo, velocidad que le permitió acompañar al movimiento rotatorio de nuestro planeta sin caer sobre su superficie según la ley de la gravedad. El meteorito permanece, pues, en nuestra atmósfera a la altura de 10.000 metros. Si ningún obstáculo material se interpone, proseguirá su camino en una órbita cerrada, manteniendo invariable la propia velocidad, que se ha reducido por la presión atmosférica y la atracción terrestre a 8.000 metros por segundo, y la distancia a la superficie del globo –alrededor de 12 kilómetros–, realizando el giro de la órbita en una hora y veinticuatro minutos. La Tierra, por tanto, ha adquirido un nuevo y microscópico satélite. Las dimensiones del meteorito han sido medidas por mister Thom Patters. Tiene 15.400 metros de diámetro, 47.414 de circunferencia, y 716 kilómetros cuadrados de superficie. Es, pues, un verdadero pequeño planeta, al cual el ilustre científico ha puesto el nombre de Cupido. Su órbita pasa sobre el paralelo 20”.

La asombrosa noticia emocionó también al solícito cronista del *Of the Good Young Gazette*, que dictó en seguida un pretencioso articulo científico, lleno de bestialidades y errores, para ilustrar dignamente el telegrama. Mi colega quiso pagarme, en signo de admiración y reconocimiento, un grog en el bar cercano: el grog de la culpa, pues nos podía causar la más áspera de las reprimendas de parte de *sir* Harry... Pero *sir* Harry estaba en cama por una indigestión de lentejas consumidas con el loable objetivo de probar a las masas la superioridad de las sabrosas legumbres sobre el estofado de buey.

Aquella tarde, la *Of the Good Young Gazette* con la noticia de la *Nueva Luna –The New Moon–* se vendió como pan caliente, algo totalmente novedoso en la historia del periódico. Habíamos conseguido en primicia el telegrama extraordinario... Tuvimos pronto que imprimir otras cuatro ediciones especiales, y vendimos un millón trescientas mil copias, provocando, con este primer gran éxito, y último, una enfermedad biliar al digno Gordon Bennett¹, eterno director del no menos eterno *New York Herald*. Aquella noche muchos miles de ciudadanos de los Estados Unidos se durmieron plácidamente sobre los artículos vegetarianos que inundaban la primera página del *Of the Good...* y lo que sigue.

III.

Una propuesta inaudita – ¡Diez mil dólares al mes! –
Un anticipo a descontarse... en el otro mundo

Pasaron algunos meses.

Un domingo por la mañana, *sir* Harry Stharr, recuperado de la indigestión, me mandó llamar. Volé a su casa; digo volé porque estaba en la planta 32 de su palacio para respirar aire limpio. ¡Entré en el despacho del ilustre filántropo con cierta angustia! ¿Quería ofrecerme alguna gratificación? ¿O en cambio había decidido... echarme del periódico?

El millonario vegetariano apareció. A fuerza de beber agua y comer caracoles se había vuelto seco y verde como un lagarto. Aparte de esto, no se le habría podido llamar un hombre feo; le faltaba pelo, es verdad, pero esta ausencia se compensaba con una digna barbita de aspecto umbrío. Llevaba siempre las gafas sobre la punta de su larga y curvada nariz, y miraba invariablemente por encima de ellas; nunca he conseguido explicarme por qué motivo se obstinaba en llevarlas, le daban siempre un aspecto muy melancólico.

-¿Me habéis mandado llamar, *sir* Harry? –pregunté inclinándome ceremoniosamente.

-Sí... tengo que hablaros, Giorgio. Sentaos.

-Estoy a vuestras órdenes.

Harry Stharr se plantó sobre sus dos patas –habría podido también plantarse sobre las cuatro– fijando sobre mi rostro sus inquietos ojitos.

-¿Tenéis familia en Nueva York? –me preguntó, después de un instante de silencio.

-Ni en Nueva York ni en otro lugar –respondí–. Estoy solo, completamente solo... lamentablemente.

-¿Y no deseáis formar una familia?

-Por ahora... francamente, no.

-¡Muy bien! No os molestará, espero, que me meta en vuestros asuntos privados.

-Si os parece... ¡Meteos!

-Sé que vuestras condiciones financieras no son demasiado florecientes.

-¡Diga simplemente que son desastrosas... *sir* Harry! –interrumpí con un gesto dramático con esperanzas de conmover al filántropo.

-¡Bien! Ahora os haré una pregunta que podrá pareceros, quizá, bastante extraña. ¿Os importa seguir en el mundo?

Abrí los ojos extrañado. ¿El filántropo millonario quería aconsejarme un... suicidio?

-¡Tal vez me he explicado mal! –continuó Harry–. Por ejemplo: si se os presentase la ocasión de ir a otro mundo, ¿iríais de buena gana?

-Por muy desesperado que esté, *sir* Harry, os aseguro que me iría de él con pésimo humor. Este viejo planeta que despreciáis con justicia, tiene para mí –qué queréis, soy un ser imperfecto– atractivos y encantos especiales... Por lo demás, soy fatalista como un faquir indio. Cuando llegue el momento –lo más tarde posible– me resignaré.

-No nos hemos entendido. Yo tengo una idea... una gran idea, querido Giorgio. Este mundo vulgar y corrupto, por el que he hecho tanto, siempre inútilmente, ha conseguido hartarme. Giorgio Halt, he decidido abandonar la Tierra. ¿Queréis acompañarme?

Mi extrañeza se convirtió en asombro. ¿Había enloquecido Harry Stharr? Lo miré a la cara. Estaba tranquilo; solo un leve rubor se extendía por sus enjutas mejillas. Nada más.

-¡Responded, sí o no... sinceramente! –insistió–. No tenéis ningún afecto que os retenga aquí abajo, no tenéis ni siquiera los medios para disfrutar de aquello que los hombres incautos llaman atractivos de la vida... ¡no os perderéis nada, por lo tanto, siguiéndome a un nuevo mundo! Estaremos solos, viviremos una vida simple y primitiva como la de nuestros padres. He aquí la auténtica felicidad, el bello sueño, que acariciaba desde hace tanto tiempo, y que ahora, finalmente, puedo realizar... En definitiva: ¿queréis seguirme? Iremos a vivir al nuevo satélite de la Tierra... ¡a Cupido! ¿Sí o no? ¡Decidíos!

Había ya olvidado el curioso suceso que nos había hecho vender tantos ejemplares de nuestro periódico. ¡Podéis imaginaros cómo recibí la increíble propuesta de Harry Stharr! Derecho como una estaca en medio de la estancia, continuaba mirándome fijamente con unos ojos que me parecían dos puntos de interrogación.

-¿Cómo iremos hasta allá arriba? –pregunté, en parte para ganar tiempo.

-Os llevaré yo... ¡y punto! ¿Aceptáis?

La extravagancia de la empresa me excitaba un poco.

-¿Y si muriésemos de hambre allí?

-Llevaremos con nosotros víveres para tres meses... y después sembraremos... ¡seguro que algo surgirá de la superficie de Cupido!

-Al menos surgirá... algún aprieto –dije; y, después de una pausa– ¿Pero cómo respiraremos?

-A doce mil metros de altura se puede respirar bastante bien. Es todo cuestión de habituarse... y de buena voluntad.

-¿Y dónde dormiremos por la noche?

-Nos construiremos una cabaña... ¡ya veréis! ¡Creo que seremos muy felices! Además, no tenéis que brindarme vuestra compañía y vuestros servicios por nada. Os pagaré un sueldo de doce mil dólares al mes.

Al escuchar esa cifra di un brinco. Doce mil dólares al mes... ¡Una fortuna!... ¿Pero qué podría hacer con ella... allá arriba?

-En el caso de que fuese imposible vivir en Cupido... ¿cómo volveremos a la Tierra? –pregunté aún, mientras *sir* Harry comenzaba a mostrar su fastidio por mi prolongada indecisión con repetidas sacudidas de cabeza.

-Volveremos por los mismos medios que nos llevarán allá arriba... es simplísimo.

-¡Acepto entonces! –grité–. ¡Acepto de buena gana!

Sir Harry Stharr mostró una pequeña sonrisa de alegría. Me tendió la mano y dijo con voz emocionada:

-¡Dentro de dos meses dejaremos la Tierra, Giorgio Halt!

-¡Decidido queda!... –respondí, y, dándome coraje, añadí en tono confidencial– ¿Podría darme un anticipo del sueldo? Trescientos dólares solamente... os los descontaré... en el otro mundo!

IV.

Los preparativos del gran viaje – La gimnasia pulmonar – Una extraña correspondencia a través del espacio

No creo haber dicho nunca tantas cosas malas del prójimo como en los dos meses que precedieron a la partida. La *Of the Good Young Gazette* estaba llena de arriba a abajo de feroces inectivas que yo lanzaba contra los vicios de la sociedad, mientras, en honor a la verdad, comía tres veces al día, me divertía alegremente, y me hartaba de cerveza todas las noches con el dinero que *sir* Harry Stharr me daba a cuenta de mi estipendio... aéreo.

Por lo demás, él y yo ya éramos como hermanos... destinados a vivir el resto de la vida juntos. ¡Qué felicidad! Bostezaba solo de pensarlo. A pesar de sus ostentosos y optimistas propósitos, el problema de la respiración preocupaba no poco a *sir* Harry. A doce mil metros de altura no sería demasiado fácil, ni siquiera para un vegetariano... tomar un respiro. Por esta razón nos dedicamos a la gimnasia pulmonar, nuevo ejercicio inventado por el célebre director de la *Of the Good...* etc. Realizamos elevadísimas ascensiones en un globo estático. Nos salía sangre de la nariz y de las orejas, pero con el tiempo esperábamos habituarnos a esa faena. Después nos encerramos en una habitación de la cual una máquina neumática aspiraba el aire hasta que pedíamos clemencia. ¡Cosas del otro mundo!

Finalmente, después de un mesecito de torturas casi cotidianas conseguimos respirar con mucha tranquilidad en el aire enrarecido. A cuatro mil metros, por ejemplo, respirábamos como en la orilla del mar; a seis mil, como... en el fondo del mar. Stharr estaba ocupadísimo con los preparativos de la partida, y pensaba con entusiasmo en la vida tranquila, beata, patriarcal que tendríamos allí, sobre la pequeña luna, dominando material y moralmente todas las bajezas humanas.

-¡Ah!... ¡Qué bonitos días nos esperan! –repetía Harry hasta la saciedad–. Sin los horrores de la guerra, ni violencia, ni vicios, allá arriba...

-Ni el *Of the Good Young Gazette* –añadía yo, *in pectore*.

Un día Harry llegó a decir:

-Nosotros dos formaremos una nación independiente. ¡Verdaderamente independiente! Nadie podrá darnos órdenes.

-Es cierto... pero si a alguien se le ocurriera vuestra misma idea y viniese a unirse...

-¡Lo rechazaremos! –gritó Harry, impacientándose con la idea de que cualquier indiscreto pudiese molestarlo también en su celeste retiro.

-¿Y cómo los rechazaremos?

-Con disparos de carabina, *by god*!

-Ya –dije yo... Verdaderamente, esos disparos de carabina me parecían demasiado contradictorios con las ideas filantrópicas profesadas por mi ilustre amigo, pero juzgué oportuno no manifestar esta reflexión. Me limité a preguntar:

-¿Llevaremos, por tanto, también algunas armas con nosotros?

-Lamentablemente –suspiró Stharr–, para rechazar a los asaltantes en el caso de que los viles habitantes de este desdichado planeta vengan a perturbar nuestra vida pura y simple...

-¡Muy acertado!

-Espero, por otro lado, que nuestro ejemplo pueda finalmente reconducir a la humanidad al camino correcto...

-No veo de qué modo... porque nadie sabrá lo que haremos.

-¡¡¡¿Nadie?!!! –gritó Harry–. Bromeáis, Giorgio.

-¡Nada de eso, *sir* Harry!

-¿Y la *Of the Good Young Gazette*? Yo abandono la Tierra... pero no mi periódico. Enviaremos largos reportajes a diario describiendo minuciosamente nuestra vida interplanetaria.

-¿Cómo?

-¡Mediante el telégrafo sin hilos... mi querido amigo! ¿No lo habíais pensado?

Me golpeé en la frente. ¡Caramba! ¡Era verdad! El invento del gran italiano Marconi había ya alcanzado un grado tal de perfección que nos podría ser muy útil también... en Cupido. ¿Qué eran, para las ondas eléctricas, doce mil metros en el espacio?

Este pensamiento me insufló un poquito de buen humor. Después de todo, no estaríamos absolutamente alejados del mundo. Podría telegrafiar todos los días a mis amigos del periódico, saber algunas noticias de ellos, tenerme al corriente de los acontecimientos terrestres, como si continuase viviendo en el planeta... ¿no? Pues la idea de ser relegado de por vida a aquella ermita volante no me hacía gracia, e incluso pensaba en dejar Cupido en un porvenir no demasiado lejano.

He dicho antes que el mundo, a mí, no me parecía tan feo como lo veía, a través de sus lentes filantrópicas, mi digno director y amigo. Había aceptado su propuesta porque me gustaban extraordinariamente las aventuras de viajes y porque en el fondo estaba convencido de que también Harry Stharr, después de haberme pagado muchos miles de dólares, acabaría por aburrirse de vivir allí... y descendería de vuelta a Nueva York, curado definitivamente de sus deplorables ideas vegetarianas.

Los lectores, espero, no me acusarán de irreverencia o frivolidad. La historia que sigue, de todos modos, les persuadirá de no juzgarme demasiado severamente.

El Santos Dumont nº 15 – ¡Doscientos veinte HP.! –
El equipamiento – ¡La partida!

¡El gran día de la partida llegó, finalmente! Habíamos decidido tomar vuelo desde Santiago de Cuba, situada casi bajo el vigésimo paralelo. A las seis de la tarde embarcamos en el *Scotia*, vapor inglés de gran tonelaje, y a las seis de la mañana, después de algunos días de tranquila navegación, desembarcamos en el puerto de Santiago.

Un agente de *sir* Harry, enviado al puerto hacía un mes, nos tenía ya preparados todo el material necesario para la gran expedición. El inmenso millonario vegetariano me advirtió de que el agente ignoraba, como lo ignoraban todos, el verdadero objetivo de nuestra ascensión. Harry Stharr quería dar a conocer al mundo el éxito de su proyecto desde lo alto de Cupido... Y también evitar el ridículo que recaería sobre él si resultaba un fiasco. Visitamos el aeróstato. Era un Santos Dumont nº 15, modelo 1909, grandísimo, de 220 caballos de potencia. La barquilla habitual, que podríamos llamar calada, había sido sustituida por una especie de cabina, cuyas paredes estaban hechas de una gruesa tela impermeable. En el interior se había colocado un aparato para la producción de oxígeno que podría ser utilísimo, si no indispensable, cuando se alcanzasen los estratos más altos de la atmósfera. Pequeñas ventanas, cerradas con lentes de cristal, permitían ver el exterior. De todos modos, no debíamos entretenernos en el aire mucho tiempo. Harry Stharr completó en el último momento la carga de la cabina con algunas cajas de semillas, necesarias para cultivar la tierra del pequeño planeta, picos, azadas, muchos utensilios de herrería y carpintería, dos buenas carabinas americanas, dos telescopios, un termómetro especial, un barómetro y una brújula. Como se ve, ni libros, ni papeles, y poquísimos instrumentos científicos. Harry explicó que pretendía vivir en la más absoluta ignorancia de cuanto lo rodeaba, para volver, cuanto antes fuese posible, a la sencillez de la vida primitiva. No olvidamos llevar con nosotros cuatro aparatos receptores y transmisores de telégrafo sin hilos, instrumentos inmejorables que no requerían ninguna instalación para funcionar debidamente. Teníamos también algunos acumuladores potentísimos para producir energía eléctrica, pues Harry aseguraba que se podrían recargar en el minúsculo planeta, dado que no faltaba el agua. Una cascada pondría en movimiento una microscópica dinamo de su invención, la cual, a su vez..., etc., etc., etc...

Sir Harry me mostró también la dinamo, explicándome su uso, pero no entendí nada. De todos modos, le hice un montón de elogios al ilustre millonario, elogios demasiado enfáticos para ser sinceros.

Al amanecer del 29 de abril de 1909 tomamos vuelo.

Nos elevamos en el aire rápidamente, entre los aplausos de la multitud venida de todas las partes de la ciudad para asistir al majestuoso espectáculo. Confieso que mi emoción, en aquel momento, fue grande, ¡y solo entonces consideré todos los peligros a los que me exponía con tanta despreocupación! Abrí una de las ventanitas de la cabina, saqué un brazo y lo agité enérgicamente ondeando el pañuelo para saludar a la multitud. Cuando acabé con ese ejercicio, saqué la cabeza por la ventana. Ya la Tierra estaba lejos; el inmenso mar parecía una mesa reluciente, salpicada de pequeñas manchas oscuras.

-¡Qué panorama... más mareante! –Me retiré al interior de la cabina para oír la voz amiga de Harry Stharr. En aquel momento necesitaba hablar con alguien porque estaba afligido por un extraño pánico: ¡el pánico al aislamiento!

-Estáis muy pálido. ¿Qué tenéis? –me preguntó, totalmente tranquilo, *sir* Harry.

-Nada...

-¡Estáis emocionado!

-Puede ser... ¿y usted?

-¡Yo soy feliz pensando que desde este instante no formo parte ya del género humano!

VI.

¡A quince mil metros! – La “pesca” de Cupido –
El de las siete y treinta y tres – ¡La llegada!

La calma total de la atmósfera nos había permitido elevarnos casi en línea recta sobre aquel famoso vigésimo paralelo que señalaba, por así decir, la órbita del nuevo satélite de la Tierra. Harry Stharr no había necesitado poner en marcha el potente motor de gasolina del globo. A causa de la rarefacción del aire, cuanto más nos elevábamos más disminuía el movimiento de ascensión del aeróstato. La máquina del oxígeno funcionaba ya desde hacía varios minutos. De pronto, permanecimos casi parados en el espacio. El peso del gas encerrado dentro de la bolsa debía equilibrarse con el de la atmósfera desplazada.

-¿Qué ocurre? –pregunté asombrado–. ¿Nos detenemos?

-Es preciso descender: ¡estamos a quince mil metros! –exclamó el millonario, después de haber consultado el barómetro. Y tiró del cordón que abría la válvula de descarga del gas en el hemisferio superior del globo.

-¡Dios mío! –exclamé casi involuntariamente–. ¿Y si nos diésemos un porrazo desde aquí arriba?...

El célebre filántropo no me escuchaba. Estiró una hoja de papel, tomó su cronómetro del bolsillo del chaleco y lo apoyó sobre una pequeña repisa.

-¿Y si cayésemos desde aquí arriba? –insistí, fijo en esa terrible idea...

-¡Pero callaos... callaos!... –se quejó Harry Stharr, con un gesto de desdén–. ¿Qué caída ni qué narices! El meteorito sobre el que tenemos que descender emplea una hora y veinticuatro minutos en dar la vuelta a nuestro planeta... Esta mañana ha cruzado el meridiano de Santiago a las tres y veintiuno. Pasará, pues, de nuevo por este punto a las cuatro y cuarenta y ocho, a las seis y nueve, a las siete y treinta y dos... y así sucesivamente. ¡Dentro de catorce minutos nuestro minúsculo planeta tiene que pasar! Estamos a doce mil ochocientos metros. Bien. Aflojemos el ancla grande.

-¡Pero si el meteorito se encuentra a doce mil metros de la Tierra! –exclamé.

-He subido un poco más alto para evitar el peligro de ser embestidos. Lo demás es simple. Aflojemos el ancla...

-Aflojemos pues... ¡Adelante!...

El ancla para meteoritos era otro lastimoso invento de Harry. Se componía de una gruesa cuerda de un centenar de metros de largo, unida sólidamente a varios ganchos enormes y a una pesada bola de plomo. El millonario pensaba de ese modo, bastante primitivo, quedarse enganchado a alguna protuberancia del meteorito.

Nos pusimos a la tarea, es decir, a girar una especie de cabrestante entorno al cual estaba enrollada la cuerda. ¡Qué cansancio! ¡Empapé bien de abundante sudor doce pañuelos! Apenas habíamos acabado la operación, cuando Harry, que se había acercado a una de las ventanas lenticulares, pegó un fortísimo grito.

Me lancé hacia él.

-¡Mira!... susurró.

Bajo nosotros una especie de pelota enorme, envuelta en una inmensa nube de vapores blanquísimos, pasó vertiginosamente.

-¡El meteorito!... –exclamó Harry.

-¡Hemos perdido la oportunidad!... –refunfuñé.

-No importa. Cogemos el de las siete y treinta y tres –dijo el millonario, secándose el sudor. –Mientras, me he dado cuenta de que estamos demasiado altos. Sería conveniente descender al menos otros quinientos o seiscientos metros. ¡Ah!... así... el globo cae levemente. ¡Mucho mejor! Cuando vuelva a pasar Cupido, nos encontraremos a la altura deseada...

Estuvimos una hora a la espera. ¡Ah!... un mazo de cartas, un buen vaso de cerveza rubia y un excelente habano... Pero eran ya cosas en las que no debía pensar más... ¿¿¿Nunca más???... ¡Tal vez!...

-¡Faltan doce minutos! –gritó Harry, interrumpiendo bruscamente el curso de mis reflexiones.

Me puse en pie y me acerqué a una ventana.

-Tengo miedo de que este asunto pueda acabar mal...

Pero no pude decir más. Una corriente de aire nos impulsó velozmente hacia el meteorito, acelerando nuestro encuentro con él.

Vi de nuevo una masa gigantesca, blancuzca, aparecer del fondo del cielo, y entonces, de repente, sentí una sacudida brusca, violenta, en el aerostato, sacudida que me mandó de golpe contra el techo de la cabina.

VII.

Las maravillas de Cupido – ¡Cuidado al saltar! – Un extraño horizonte –
Días y noches no muy largos – El combate de “boxeo”

Me incorporé con la cabeza toda dolorida.

-¿Pero qué diablos ha sucedido? –pregunté a mi compañero de viaje, frotándome la sesera vigorosamente.

-¡Venid aquí!... ¡Mirad, Giorgio, qué belleza! –respondió *sir* Harry, señalándome una ventana abierta.

Me asomé.

-¿Hemos caído sobre la Tierra?

-¡Hemos llegado, mi querido amigo!...

El ancla ideada por el millonario filántropo había sido un éxito total, pues sus ganchos se habían agarrado a las ramas de un árbol.

-¡Mejor no podía resultar! –añadió Harry, frotándose con fuerza las manos–. Ahora pensemos en como descender. Veo con placer que existe una floreciente vegetación.

-Y yo siento con pena que hace un calor de perros.

De hecho, el termómetro señalaba cincuenta grados... Como para acabar asados como castañas.

Nos deslizamos hacia abajo por la cuerda que aseguraba el aerostato al suelo. Nunca me había sentido tan ligero. Parecía que pesaba como una pluma.

-¡No os extrañéis! –dijo Harry–. El meteorito es once mil trescientas sesenta y ocho veces más pequeño que la Tierra. Suponiendo que los materiales que lo componen tengan la misma densidad, por ejemplo, que los materiales terrestres, aquí debemos pesar aproximadamente un millar de veces menos que sobre la Tierra...

-De modo que aquí pesaría ochenta gramos. No más que una cobaya.

-¿Os molesta?

-En absoluto. Probemos a saltar.

-No os deis demasiado impulso, mi amigo... ya que podríais escapar de la fuerza de atracción de Cupido... y regresar al de la Tierra.

-Es decir, romperme el cuello. Entonces habrá que meterse guijarros grandes en los bolsillos.

-¡Pero los guijarros de aquí también pesan poco! Es preciso más bien tener cuidado... dar los pasos con precaución...

De todos modos, nos atamos a la cintura dos saquitos con balas de carabina y a la espalda una especie de mochila llena de víveres, arneses y armas. Así podíamos pesar al menos... un hectogramo...

-Comencemos la exploración –dije, echando un ojo alrededor.

Me sorprendió, antes que nada, la extremada pequeñez del horizonte de aquel mundo en miniatura.

Estábamos en medio de una especie de campo salpicado de piedras negras; de aquí y allá surgían, entre los intersticios de las rocas, extraños árboles de troncos lisos y altísimos, de ramas

fuertes. En uno de aquellos árboles se había quedado enredada el ancla del globo. ¿Pero quién había plantado aquellos árboles? ¿Habían germinado espontáneamente? Pregunta sin solución, por el momento. De repente, elevé los ojos al cielo... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Un fenómeno nuevo y sorprendente!... En vez del límpido azul de la atmósfera, vi una masa oscura que cubría todo el horizonte, y que parecía precipitarse sobre nuestras cabezas a una velocidad inconmensurable.

Fue un instante, sin embargo. El cielo luminoso reapareció. Lo saludé con un grito de alegría... Pero ¡ay de mí!... al poco –un minuto, quizás– volvió la solitaria masa oscura arrojando una sombra densa y triste sobre nuestro pequeño mundo...

-¿Pero qué es esto? –dije, volviéndome a *sir* Harry, que reía burlonamente mientras seguía frotándose las manos.

-Es la Tierra.

-¿¡Cómo que la Tierra!?

-Sí. Cupido, como todos los cuerpos celestes, grandes o pequeños, está dotado de un movimiento de rotación... Cupido gira sobre su propio eje, que debe de estar casi paralelo al de la Tierra... ¡simplísimo!...

Sir Harry Stharr, como hemos visto, abusaba ignominiosamente de la palabra simplísimo. Pero, en verdad, la cosa era natural: el meteorito giraba... a veces teníamos el cielo sobre nuestro horizonte, a veces la Tierra... Era natural, estoy de acuerdo; pero... me mareaba. Por eso me juré a mí mismo mirar hacia el suelo lo más posible.

-¿Vamos? –dije– Estoy impaciente por ver más.

-Oíd, querido Giorgio –interrumpió el millonario–, ¿y si telegrafiasemos inmediatamente nuestra feliz llegada a Dik Land, a quién encomendé la dirección del periódico?

-¡Ah!... ¡ah!... sí... sí... –aprobé con una sonrisa–. Quiero también telegrafiar mis saludos a mi casero... se sorprenderá mucho al saber que estoy aquí...

Sir Harry apoyo sobre el terreno el aparato transmisor que tenía sujeto a la cintura y se dispuso a telegrafiar... hasta que, de pronto, el cielo se oscureció... y en un segundo nos vimos envueltos en la oscuridad.

-¡Vaya!... –exclamé– ¿Ya de noche?... ¡Pero si hemos llegado hace un cuarto de hora!

El filántropo encendió una cerilla y miró su cronómetro.

-Sin lugar a dudas... son apenas las ocho y dos minutos... ¡Y ya en el oscuro cielo centellean las estrellas!... Es extraordinario.

Me golpeé con la mano en la frente y exclamé:

-Somos dos estúpidos... sin faltarle el respeto, *sir* Harry. ¿En cuánto tiempo gira Cupido alrededor de la Tierra?

-En una hora y veinticuatro minutos.

-Por tanto, lógicamente, el día aquí no puede durar más que cuarenta y dos minutos... y otro tanto la noche. En este momento nos encontramos en la parte de la Tierra que está en oposición al sol, y por eso navegamos en la oscuridad... ¡Si estuviese al menos la Luna!

-¡Bravooo!... ¡Tenéis razón! –gritó *sir* Harry, castañeteando los dientes–. Entre tanto... ha comenzado a hacer mucho frío... ¿no os parece?...

-¡Yes!... Me estoy convirtiendo en un sorbete.

Nos acercamos en la oscuridad, estrechándonos el uno al otro para calentarnos, como dos monos frioleros. Apuesto que nuestro termómetro señalaba al menos veinte grados bajo cero. Digo apuesto porque no osamos consultarlo.

-¡Dios mío!... Ya no me siento la nariz –aulló, en cierto momento, el millonario.

-Yo, en cambio, siento demasiado las orejas, me parecen que son perforadas por cientos de miles de agujas... ¡Ah!... se me congela el aliento...

-Os ruego... –suplicó Harry Stharr– que me golpeéis con los puños. Yo haré todo lo posible por corresponderos.

-Es verdad... ¡Es el único modo de no morir congelados! –exclamé, lanzándome sobre mi amigo y empezando con él, bajo la suave luz sideral, un soberbio combate de boxeo, con todas las de la ley...

VIII.

La casa que vuela – Los misterios del espacio – Pequeños mundos vistos al microscopio –
Las calabazas crecen a ojos vistas – El paraíso de los campesinos

Finalmente, el sol volvió a iluminarnos y calentarnos. ¡Nunca había recibido con tanto entusiasmo el retorno del benéfico astro! Después de algunos minutos de día, dije a mi compañero:

-Antes de emprender nuestro viaje de exploración, bajemos a tierra el aerostato y descarguemos la barquilla. Necesitamos proveernos de lo necesario para pasar un poco mejor la próxima noche.

-La cabina nos servirá de casa, así que... no es necesario vaciarla –respondió *sir* Harry, estornudando.

-¡Ah! ¡Es verdad!... Es cierto... achís... achís...

Perdimos un tiempo precioso estornudando y sonándonos la nariz. Aquella noche al aire libre nos había verdaderamente perjudicado. Cuando el frío bajó –porque el sol, gracias al cielo, nos tostaba las espaldas– nos dedicamos a preparar nuestra vivienda.

El millonario filántropo subió a bordo, y tirando del cordón de la válvula de descarga desinfló el aerostato. Cuando este cayó a tierra cortamos los cordajes metálicos que lo unían a la cabina. Yo, mientras, había elegido el terreno: una pequeña explanada de roca, toda granulada de puntos brillantes. Pero era necesario amarrar la casa para que un golpe de viento no pudiese llevársela. Por eso, armado con un pico, practiqué algunos agujeros en la dura roca, y clavé dentro de ellos robustos pedazos de madera a los que sería facilísimo anclar nuestra vivienda.

Mientras tanto charlaba con *sir* Harry.

-Y con la cubierta, ¿qué hacemos?

-Un gran cobertizo para protegernos de los rayos del sol. La extenderemos sobre muchos palos... los árboles no faltan aquí...

-¡Tenéis razón al decir que esto es un pequeño mundo! Si hay árboles, habrá también un poco de agua en algún punto del planeta... ¿Y quién nos dice que no podamos encontrar también seres orgánicos?

-Todo puede darse, Giorgio... No te olvides: ata bien la cabina...

-Pero entonces, Harry: ¿estamos sobre un meteorito o sobre un astro?

-¿Quién sabe? ¿Qué diferencia hay entre los astros y los meteoritos desde el momento en que su constitución física es casi igual a la de la Tierra, la Luna, y los otros mundos? En los meteoritos se encuentran elementos que conocemos bien: hidrógeno, carbono, nitrógeno, oxígeno, azufre, fósforo, cloro, sodio, calcio, magnesio, silicio, aluminio, manganeso, hierro, níquel, cobalto, arsénico, cromo, cobre, estaño, titanio, argón, helio...

-Disculpad: ¿qué es el argón?

-Es un componente permanente de nuestra atmósfera que difícilmente puede separarse del nitrógeno...

-Muchas gracias. ¡Y también el carbono se encuentra en los meteoritos!... En tal caso, falta probar la existencia fuera de nuestro mundo de seres sensibles!...

-¿Por qué?

-Porque me parece haber leído en un largo y aburrido... y bellísimo artículo del *Of the Good Young Gazette*, a propósito de ciertos descubrimientos geológicos, que el carbono se encuentra sobre nuestro planeta solo allí donde está carbonizada la materia orgánica...

-Habéis hecho una deducción razonable, pero lamentablemente la ciencia no puede todavía hoy aventurar ninguna afirmación al respecto...

-¿Qué son los meteoritos, en concreto?

-No se sabe.

-¡No se sabe nada, entonces!

-En realidad nos encontramos en ese nivel del progreso científico que nos permite ser ignorantes de todo...

-¿Pero de donde vienen los meteoritos? Esto al menos lo sabréis.

-Hay quien dice que son enormes masas escupidas por volcanes de mundos que rotan en el espacio; hay quien dice que son en cambio fragmentos de mundos que han explotado por alguna causa desconocida; hay quien dice incluso que son trozos de cometas. Además, es preciso distinguir entre los pequeños meteoritos y los bólidos, que pueden alcanzar dimensiones de verdaderos astros, como este sobre el cual tenemos la suerte de vivir...

-¿Pero por qué Cupido tiene una forma esférica? Si fuese un fragmento de un planeta debería tener, como los otros meteoritos, una superficie rota, irregular...

-¿Qué queréis que os diga, mi fiel amigo? También a un astrónomo, aquí, le sería difícil encontrar una respuesta. Puede ser que los trozos de un gran planeta, digámoslo así, explotado, hayan chocado entre sí. Sabéis que el movimiento bruscamente interrumpido se transforma en calor. Los restos del astro se habrían vuelto incandescentes, es decir, suaves, pastosos, y, al rodar a través del espacio habrían tomado la forma esférica que es común a todos los cuerpos celestes. Tenemos otros ejemplos de astros pequeñísimos.

-¿De verdad?

-Sin duda; los planetoides que circulan entre Marte y Júpiter no son mucho más grandes que Cupido. El gigante de ellos, Vesta, no tiene más que cuatrocientos kilómetros de diámetro aproximadamente. Muchos otros, como Safo, Maja, Atalanta, no miden más de treinta kilómetros...

-¿Pero estos serán verdaderos mundos?

-¿Por qué no? ¿Acaso una gota de agua no aparece al microscopio poblada por una variada multitud de seres? ¿Acaso una piedra cogida en el campo no revela, debajo de ella, un mundo hormigueante de insectos? ¿La hoja de una planta no es, en cierto modo, un mundo para las especies que la habitan y la roen?

-¡Me sorprendéis, *sir* Harry! No sabía que estuvieseis formado en ciencias uranográficas... fisiológicas...

-¡Bah! ¡Bah! Soy un modesto aficionado...

-Yo, en cambio, como astrónomo, no he podido distinguir nunca la constelación de la Osa menor de la de Hércules.

-¡Caramba!... ¡Ya son las nueve y trece!... Dentro de doce minutos se pondrá el sol...

-La cabina ya está preparada.

-En el cobertizo pensaremos más tarde. ¿Y si comenzásemos a sembrar aquí alrededor? La tierra que circunda la meseta me parece bastante adecuada para la siembra.

-¡Aprobado!

Trazamos un pequeño surco y le echamos algunas semillas.

-Ahora entremos en casa...

No faltaban más de dos o tres minutos para la noche. Prudentemente metimos las gruesas pieles que habíamos cargado a bordo... No puedo expresar cuanta fue nuestra sorpresa cuando, al cerrar la puertecita de la casita, nos dimos cuenta de la cantidad de plantitas que habían emergido en el terreno circundante. ¡Eran las semillas de calabaza, que habían germinado en un instante!... ¿Dónde encontrar una tierra más fértil que aquella?

-¡Crecen a ojos vistas! –exclamó *sir* Harry Stharr, con tono de profundo estupor.

No era una exageración. Al fijar un poco la mirada se veían claramente crecer a las calabazas. ¡Tierra bendita!... ¿Por qué, ah, por qué no posee las mismas maravillosa cualidades el suelo de nuestro planeta? ¡Qué sueño para los infelices campesinos terrestres! ¡Ciento cincuenta cosechas al año, como poco! ¡Y qué cosechas!

Pero la noche sobrevino, interrumpiendo el curso de mis reflexiones. Me tumbé sobre una gruesa manta de lana para echar un sueñecito. Sin embargo, aplasté un pie a mi celebre compañero de viaje y hube de sufrir una larga prédica sobre la responsabilidad que asume el hombre que quiere dormir demasiado.

IX.

Viaje de exploración – ¡Harry Stharr sin piernas! – Los habitantes de Sirio –
Los cupidianos – La persecución – ¡Atrapados!

El día siguiente, a las diez y siete minutos antes del meridiano (hora terrestre), emprendimos el viaje de exploración. Estábamos, como he dicho, bien equipados y podíamos caminar lejos. Harry quiso por narices que también arrastrase detrás –para no correr el peligro de salir volando– la gran bola de plomo del ancla. Él se ató a los pies nada menos que el propio ancla.

Así lastrados, comenzó la caminata a través de una región desolada, salpicada de rocas negras de extrañas formas. Aquí y allá surgían árboles aislados, muy similares a los terrestres. Pero aquí es necesario hacer alusión a un hecho singular, aunque lógico y rigurosamente cierto. Puesto que el millonario me precedía un poco, yo... ¡no le veía las piernas! Si a veces la distancia entre nosotros aumentaba, ¡entonces una parte del cuerpo también desaparecía tras la curvatura de la esfera! Habréis comprendido ya la razón de este nuevo fenómeno. Debido a la pequeñez de nuestro esferoide, su curvatura ocultaba los objetos incluso a poca distancia de nuestros ojos.

–Esto no es un mundo... ¡es una cabeza de alfiler! –refunfuñé, de repente, con tono de desprecio– ¡Merecía verdaderamente la pena venir!...

–Mi querido Giorgio –replicó Harry Stharr, que me había oído–, ¡la culpa es toda nuestra!

–¿Cómo nuestra?

–¡Sin duda! No es que este mundo sea demasiado pequeño; es que nosotros somos... ¡demasiado grandes!...

–¡Está por ver si tendremos que empequeñecernos para acomodarnos a Cupido!

–No, pero no deberíais despreciar al planeta que nos acoge; es una falta de generosidad. Y deberíais recordar que, en el universo, todo es relativo. Un habitante de Sirio que descendiese sobre la Tierra la creería habitada por una colonia de hormigas.

–¡Hormigas!

–Hormigas, hormigas. Y el habitante de un planeta-molécula podría creerse un gigante en comparación con el habitante de un átomo...

–¿Creéis también que los átomos están habitados?

–¿Por qué no?

En ese momento, como si hubiese visto algo importante, el filántropo comenzó a correr.

–¿A dónde vais, eh?

–¡Giorgio!... un lago... ¡un pequeño lago!...

Di un brinco en el aire, alcancé a mi compañero, pasé sobre su cabeza y tomé tierra a pocos centímetros de él. Miré en la dirección de su dedo... ¡Sí!... en el límite extremo del horizonte brillaban las aguas de un lago extraño, que parecía una lente de cristal por su enorme convexidad. Quería dar otro salto en dirección al lago, pero *sir* Harry me frenó:

–¡He oído una voz!

–¿Dónde? –dije, mirando estupefacto al filántropo.

–Allá... entre aquellos riscos que parecen puntas afiladas... en dirección a la masa de agua.

–¿Una voz? ¿Pero qué voz?

-Una voz humana... Mirad... mirad... ¿no os parecen hombres aquellos?

-¿Hombres?... esperad... ¡Uf, qué sol!... De hecho... son hombres como nosotros.

-¡Los habitantes de Cupido!...

-¿Así de grandes?... ¡Es imposible!

-¡No querréis negar la evidencia, espero!

-¡Me parece estar en el reino de los sueños!

-¡Vienen hacia nosotros!... ¡Y están armados también!

-¡Dios! ¡Qué caras patibularias!... ¡Qué feos son los habitantes de Cupido!... ¡Huyamos!... ¡Huyamos, *sir* Harry!... ¡Quieren matarnos!

-Huyamos, si así lo queréis.

Nos impulsamos a toda velocidad, pero sobrevino de repente la oscuridad y debimos detenernos.

-Los hombres... ¡también aquí arriba! –gruñó entonces, con profundo desaliento, el pobre filántropo– no habría nunca creído... y yo que esperaba...

-Consolaos –interrumpí– y esperemos que estos habitantes de Cupido sean hombres de bien al menos... aunque no lo parezcan, a juzgar por las apariencias...

-Al contrario... si fuesen granujas tal vez sería mejor. En ese caso, la aventura tendría un lado bueno...

-Yo no se lo veo, ese lado bueno...

-¡Pues sí!... podría entonces redimir a estos presuntos bandidos, reconducirlos al buen camino...

-¿Pero entonces por qué habéis huido?

-¡Por complaceros!

Nos envolvimos en nuestras mantas, que habíamos precavidamente metido en la mochila. El frío era, como en las noches anteriores, terrible. Apenas habíamos estirado las piernas en el suelo, cuando vimos aparecer entorno a nosotros cantidad de antorchas que se aproximaban rápidamente. No había duda. Los misteriosos habitantes de Cupido venían en nuestra búsqueda.

-¿Reiniciamos la fuga? –propuse entre un bostezo y otro.

-Sería mucho más decoroso esperar a estos desconocidos y hablar con ellos –declaró mi compañero.

-*Mister* Harry, me duele deciros que frente al peligro yo no discuto. Quedaos si os agrada; hasta la vista...

-La noche es oscura.

-Y por desgracia las tinieblas no son suficientes para frenar el empuje de esos canallas...

-Quizás los habitantes de Cupido nos vean también en la oscuridad... Giorgio... os suplico que no me llevéis a la ruina por vuestra culpa... Quedaos...

-¡Ah!... helos aquí... demasiado tarde...

-No temáis nada, hijo mío. Mi elocuencia, mi tono inspirado siempre ha emocionado a las almas más atroces. Aunque sean estos habitantes de Cupido más feroces que los tigres, los ablandaré con mis palabras, los volveré humildes y mansos como corderos... ¡Yes! Nadie,

después de que haya hablado, osará tocarnos... ¡No lo dudéis!... Helos ahí... ¡nuestros hermanos del espacio planetario!

En seguida nos rodearon. Uno de ellos nos metió sin muchas contemplaciones la antorcha bajo la nariz, mientras con la otra mano nos amenazaba, ¡agitando un arma que parecía una pistola!

Eché un largo vistazo, más bien tímido, al rostro de aquel terrible cupidiano. Era un verdadero tipejo. Tenía una nariz colosal que surgía de un bosque de pelos erizados, negros como el carbón. Los ojos casi desaparecían bajo el arco de sus formidables cejas; solo de vez en cuando se los veía brillar en sus oscurísimas órbitas como si fuesen dos cerillas encendidas. Luego... volvían a apagarse.

-¿Os rendís? –preguntó el hombre misterioso, hablando en perfecto inglés.

-¿Os rendís? –repitió otro; una robusta bestia de al menos dos metros de alto, con una gran barba roja que le bajaba hasta la barriga.

Debo decir sin embargo, para precisar la historia, que la forma de vestir de aquellos indígenas no difería mucho de la de nuestros cazadores de las praderas americanas.

-¿Rendirnos? ¡Con mucho gusto! –exclamé afectuosamente– Espero que no queráis hacernos ningún daño.

-¡Dependerá de vosotros, *gentlemen*!

-Si depende de nosotros, os juro por mi parte, ¡que estoy salvado! Pero si pudiese saber...

-¡Levantaos!

Otros hombres barbudos nos agarraron y nos ataron fuertemente.

-¡Un momento! –comenzó Harry Sthar–. ¡Os suplico, hermanos, que no prosigáis con vuestras violencias y me escuchéis!... No sé quiénes sois, ni de qué modo os encontráis aquí; no conozco ni vuestro pasado, ni vuestro presente; no puedo juzgaros, ni absolveros. Si habéis errado, el daño será todo vuestro; pues *to err is human*: errar es humano. ¡Pero sería para vosotros un delito inexcusable maltratar a los invitados que el Cielo os manda...! La hospitalidad es la más bella virtud de los hombres, sean ellos hijos de la Tierra, o de Cupido, o de Júpiter, o de Sirio. ¿Querréis ofender la pureza de esta sublime virtud, digamos, interestelar?

-¡Basta! –dijo el cupidiano de los ojos que parecían cerillas–. Nos habéis aburrido. Sois un charlatán...

-¿Yo un charlatán? Os engañáis, querido mío. Soy un filósofo y un vegetariano ilustre. Todos me conocen en América. Diles tú, Giorgio, me conocen en América, ¿sí o no?

-¡Sí que os conocen! –aprobé, agitando la cabeza enérgicamente.

El habitante del meteorito, que ciertamente aquella tarde no estaba para bromas, pegó un alarido terrible y puso los puños cerrados bajo la nariz de *sir* Harry.

-¡He dicho basta! Terminemos.

-Pero, hermano...

-¡Nada de hermano! Silencio. No os conozco y no tengo ningún parentesco con vos. ¡*Goddam*! ¡No nos faltaría más! Sois demasiado feo...

-Tal vez en Cupido no haya espejos –murmuré al oído del filántropo para consolarlo de la injustificada ofensa.

Él se encogió de hombros emitiendo un largo suspiro. Después dijo:

-No desesperemos todavía. ¡Quién sabe!

-¡En marcha! –ordenó a sus compañeros el hombre de la barba roja, que era el jefe de la camarilla.

Nos pusimos en camino. Despuntaba el nuevo día cuando llegamos al límite de un bosque espesísimo. Nos adentramos... Eran árboles robustos colocados, sin embargo, con un cierto orden, un cierto arte, del que no era evidentemente extraña la mano del hombre. En un extenso claro cubierto por una suave alfombra verde nos detuvimos. Los bandidos celestes –¿cómo llamarlos si no? – nos ataron al tronco de un árbol y se sentaron entorno a nosotros silenciosamente.

Solo el hombre barbudo permaneció en pie y habló.

-¡Vuestro golpe, *gentlemen*, ha fallado!

-¿Fallado? ¿Cómo, hermano mío? –preguntó Harry, con voz meliflua– ¿qué queréis decir?

-Ignoro qué policía os ha mandado aquí. Ignoro, es más, cómo habéis podido suponer “la cosa”,... y no quiero saberlo. Mi lealtad me obliga a deciros que habéis dado pruebas de grandísima habilidad y mucho valor. ¡Bravo!.... Afortunadamente nosotros no nos hemos dejado sorprender... ni nos dejaremos engañar por vuestra inteligente comedia...

-No comprendo, en verdad...

-No os hagáis el ingenuo, ahora...

-¡Os juro!... –interrumpí con tono emocionado.

-¡Basta de juramentos! Un poco de concreción y de sinceridad; habéis venido aquí arriba para descubrirnos. Desgraciadamente, la empresa ha fallado. ¡Hemos sido nosotros los que os hemos descubierto! Esto es.

-¿Para descubrirnos? –balbuceaba Harry, perplejo– ¿Pero cómo? Aquí hay una equivocación...

-Sí, para descubrirnos... En parte vuestros deseos serán satisfechos... Veréis lo que queráis ver a toda costa... oh, sí... pero os juro, a mi vez, ¡que no volveréis a la Tierra!...

ⁱ James Gordon Bennett Jr. (1841-1918), director desde 1866 del periódico *New York Herald* fundado por su padre (nota del editor).